

Ballenas y chimpancés, amigos del hombre

Kant afirmaba: *“podemos concluir por analogía que también los animales actúan según representaciones (y no son máquinas como dice Descartes) y que, a pesar de lo que constituye su diferencia específica, son, desde el punto de vista genérico, en tanto seres vivientes, idénticos al hombre”*. Efectivamente por ello algunos sostienen, sin faltarles la razón, de que quien no ama a los animales suelen compartir esa orfandad con alguna eventual adicción por lo infame. A continuación, un sugestivo artículo de Víctor Hugo Ghitta sobre esa indiscutida conexión entre el hombre y el animal. *Fuente La Nación- Argentina.*



1.

Cada vez que es consultada sobre los riesgos que amenazan el equilibrio ecológico, Jane Goodall le pide a su interlocutor que imagine por un segundo qué efecto produciría en una orquesta sinfónica que cada uno de los músicos abandone lentamente el escenario. Primero enmudecerían los instrumentos de viento, después las cuerdas, finalmente el piano y el timbal, hasta que la escena quede sumida en el más hondo de los silencios. Digamos un silencio de muerte. Imagínense, nos pide ahora, que ese escenario es el planeta. ¿Por

qué dejar que suceda? Vivimos en un planeta bellissimo y hay tanta riqueza en la naturaleza, ¿qué derecho tenemos a destruirlo y a robárselo a nuestros hijos?

El problema con ella es que no se trata de una jovencita de izquierdas enojada con el mundo, que está dispuesta a desafiario. Jane Goodall tiene 80 años, una sonrisa suave y la encantadora ternura de nuestras hermosas abuelas. Sólo que hace mucho tiempo, cuando andaba por los veintipico, decidió dejar su modesta vida londinense para trasladarse a Gombe, un parque nacional de Tanzania, a estudiar el comportamiento de los chimpancés. Llevaba su curiosidad, un par de binoculares, una lámpara de aceite, una pequeña tienda de campaña, cuadernos, lápices y una máquina de escribir. No le fue mal. La culpa fue en parte de David Greybeard, un grandulón que parecía salido de *El planeta de los simios*, pero terminó resultando bastante amigable. Jane consiguió seguirlo durante varios días sin que el simio se espantara. En un momento de esa deriva el mono se detuvo y se sentó sin otro propósito aparente que descansar. La jovencita tomó una fruta del suelo y se la ofreció. El chimpancé la rechazó de un tierno manotazo, pero a cambio presionó con su mano los dedos de la chica como señal de agradecimiento. Una ternura, casi como la escena de Jessica Lange en la cúspide del Empire State Building con el bueno de King Kong. Desde entonces fueron inseparables. David Greybeard la ayudó a ganarse la confianza del resto de la monada y Jane Goodall pudo llevar a cabo la investigación más extraordinaria sobre chimpancés que se haya hecho jamás. Ciencia y humanismo, qué más.

Hace algunas semanas fue invitada a visitar la Patagonia. Boy Olmi quiso reunirla con ese otro coloso del ambientalismo que es Roger Payne, quien dedicó su vida a la defensa de las ballenas, y filmar ese encuentro. Payne tiene 80 años y, desde hace más de cuatro décadas, se dedica a estudiar la emisión de sonidos y los modos de comunicación de distintas especies, entre las que están los murciélagos, las lechuzas y las polillas. A fines de los años 60, descubrió las ballenas y quedó prendado de sus sonidos. Música para sus oídos. Y para los de los aburridos cetáceos: los biólogos marinos presumen que el canto de las ballenas es parte de cierto proceso de selección sexual.

En 1970, creó una estación de investigación en Península Valdés, adonde llevó a vivir a su mujer y a sus cuatro hijos en condiciones muy modestas que se volvían aún más hostiles en medio de las severidades del invierno.

Payne comprendió que ese sofisticado lenguaje sonoro tenía la riqueza de una partitura musical. "El Quijote de los mares" -así lo describe Olmi- grabó las infinitas variaciones del misterioso sonido de las ballenas y algunos de esos registros viajan hacia galaxias remotas en la sonda espacial Voyager, lanzada al océano cósmico en 1977. En esa cápsula del tiempo viaja el testimonio que la humanidad ha querido dejar de sí misma a la eternidad: canciones de Bach, Louis Armstrong y los Beatles, y las ballenas de Roger Payne.

Jane & Payne es el documental que registra una experiencia conmovedora. En la Patagonia argentina, abrigados por el calor de las fogatas y a la luz de las estrellas, los dos conversan sobre las dificultades que afronta el planeta - el calentamiento de los océanos, el derretimiento de los glaciares, la ferocidad de las sequías y las inundaciones-, pero sobre todo buscan despertar las adormecidas conciencias de los hombres, que andan distraídos con sus cosas como para ocuparse de estas pequeñeces.

Jane Goodall lo dice sin ánimo de incomodar: somos inteligentes, no sabios. El cerebro humano es el órgano vivo más extraordinario que conocemos, pero no está conectado con el corazón. Es allí donde viven el amor y la compasión.